

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8492

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 27 de Febrero de 1890.

NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Vicda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

GIBRALTAR.

No solo la oportunidad de las circunstancias, sino el interés permanente del asunto de este trabajo, nos mueve á reducir algunos trozos del capítulo «Gibraltar» de la obra en preparación del señor Escuder.

Desde el vapor que cruza el Estrecho con abatimiento y pena al formidable Peñón hundir su afilada y acerada punta en el mar español: para mengua nuestra ondea allá en la cumbre más alta del monte Calpe el pabellón británico, y sus murallas, fuertes, castillos, reductos, recintos y parapetos erizados de colosales cañones, exhiben por doquier el rojo ó negro centinela inglés, y en la amplia y hermosa bahía fronteriza á Algeciras el mar cuajado de barcos proclaman el poderío británico, porque nuestras playas de Algeciras, San Roque, El Campamento y La Línea, tienen puerto, ni duque alguno se acerca donde no hay muelles, como hecho expreso para que Gibraltar lo absorba todo.

Cuando entra un español en Gibraltar, la policía inglesa le deja permanecer cinco días, si encuentra un fiador que responda de su honradez.

No es difícil el hallazgo, cualquier contrabandista sirve para el caso mediante reducido estipendio.

El más extraño conjunto de gentes van gan por aquellas calles, moros con sus pitorescos jaiques; hebreos con mugrientas chisteras; ingleses con su aire tosco, rojos como pavos por el abuso de la manzanilla; malteses finos, astutos y codiciosos; calpenses, mestizos de andaluz é inglés, que al recordar la patria, ni saben de ella más que el arte del contrabando; aquel caos heterogéneo vive regido por la ordenanza, se levanta al cañoneo del Macho y se acuesta al toque de retreta inglesa, cuyo discorde gemido congela de indignación la sangre española; véis allí todos los cultos, iglesias de diversas sectas protestantes, templos católicos, tres sinagogas hebreas, cementerio judaico, mezquita mora, que cuando yo estuve, celebraba el ayuno de rabadán, todo menos el cumplimiento del humillante tratado de Felipe V.

Allí, al pie de una de las columnas de Hércules, recostada en la base del escarpado Calpe alza el gradido de las calles la ciudad inglesa, el gigantesco Peñón yergue su dominante cresta á 400 metros de elevación, en forma de cuchilla vertical enfilada al Africa. El lado que mira á Algeciras es una pendiente alternada de precipicios, por donde serpea un camino hasta las últimas baterías; la cara orientada al Mediterráneo forma una escarpadura inmensa, recta, casi hasta el agua, arenosa

en su mitad, y con unas casitas allá bajo, denominada la Caleta; el morro que mira á España es imponente, firme y de roca tajada, verdaderamente inaccesible; y por cada una de sus numerosas ventanas asoma la boca de un cañón que apunta á nuestra patria. Todo aquel monte está minado, hueco, erizado de averturas, orificios, surcado interiormente de túneles, excavaciones, galerías y cuarteles; caben en sus entrañas miles de hombres, y una débil tapia les separa de la tierra española que pueden invadir á la hora que quieran y en una noche. Por dentro van caballos y carros con sus monstruosos cañones.

La gigantesca roca es un arsenal de centenares de cañones escalonados en rampas suaves hasta rasar con el mar. El istmo que le une á España está socabado de minas cargadas de dinamita que estallarían á la orden del gobernador convirtiendo la península en isla.

Gibraltar, con su alargada península de cuatro kilómetros, con sus dos cañones Armstrong de 100 toneladas frente á Ceuta, con sus cuatro piezas de 20 toneladas que enfilan la bahía de Algeciras, con sus 18 cañones de á 25 centímetros y cuatro de á 30 hacia Occidente, con sus 28 enormes cañones y otros 70 más de diferentes calibres, con sus 6 000 soldados y su total de 500 piezas de diversos tamaños para tiro corto, con sus cañones, torpederos y acorazados, es nuestra más terrible enemiga, nuestro adversario impune, la picota de nuestro honor, la llave del Estrecho que nos cierra el camino del Africa, desafiándonos á que pasemos.

FUMEMOS!

Muchos y muy valiosos enemigos ha tenido el tabaco.

Innumerable han sido los facultativos que han anatematizado (con cigarro en la boca por cierto) el pernicioso y «fao» vicio de fumar.

De hoy en adelante bajen todos la cabeza y ríndanse á la evidencia!

El tabaco, según los experimentos que acaba de hacer el Sr. Vhossinari, es el primer «microbicida» del mundo.

El bacilo coma, engendrador del cólera morbo asiático, y los de la fiebre tifoidea son destruidos por el humo de un cigarro, según ha comprobado dicho profesor.

De hoy más cualquiera puede arrostrar los peligros de una epidemia, y adquirir una cruz de Beneficencia, con un simple cigarrillo de papel.

He aquí el «tulle dulce» realizado. A decir verdad, los experimentos del señor Tossinari, no son nuevos.

En la Exposición regional de Valencia de 1888, por no citar otros ejemplos, se presentaron á concurso unos abonos contra la filoxera «vastratiza» y contra todas las enfermedades engendradas por microorganismos, cuyo abono tenía por base el tabaco.

Antes, mucho antes de haber visto esta aplicación del tabaco, el que estas líneas escribe; fumador sempiterno y á prueba de coraceros, solía entreteñer sus ocios, en los momentos de «alto» en sus tareas literarias, arrojando el humo del tabaco sobre los mosquitos que en el verano suelen posarse durante las veladas sobre las blancas cuartillas de papel (aquí viene bien un poco de lirismo), que, á semejanza del arpa de Bequer,

esperan la mano del genio que venga á llamarlas. (Conste que eso de genio no reza conmigo).

El efecto que las bocanadas de humo echada sobre los mosquitos produce en éstos, es siempre tan rápido como seguro. No á los treinta ó treinta y cinco minutos que señala el profesor Tossinari, sino mucho antes, el pequeño ser, objeto del experimento, empieza á moverse pesadamente y como atontado; después gira rápidamente sobre sí mismo, agitando sus alitas con velocidad suma, y acaba por quedar inmóvil y muerto después de aquella especie de convulsión final, más ó menos prolongada, según la fuerza del tabaco y el tamaño del insecto.

Esto puede comprobarlo cualquiera. Hay más. En la última epidemia cólica, varios médicos «rurales» pudieron comprobar en las pequeñas localidades donde prestan sus servicios, y donde suelen ser contados los fumadores porque en el campo la pobreza y el trabajo no dejan lugar á vicios «que cuesten dinero»; pudiera comprobar, digo, que eran muy pocos los fumadores atacados de la enfermedad á la sazón reinante, y de esos pocos ninguno presentó caracteres de gravedad, ni murió á consecuencia del terrible mal.

La observación no puede ser más concluyente y se da la mano con los experimentos del Sr. Tossinari.

Tal vez tenga también alguna relación la generalización del uso del tabaco, ya en polvo ó en pipa, ya masticado ó quemado en forma de cigarrillos ó por medio de pipa, con la desaparición de aquellas grandes epidemias que tan frecuentes eran en la antigüedad y que con el nombre de «peste» diezaban las naciones y convertían en desiertos lugares los pueblos.

Lo cierto es que, á medida que la solanáca americana fue conocida y su uso se fue extendiendo, las epidemias fueron siendo cada vez menos temerosas y menos frecuentes.

Fumemos, pues.

El tabaco es la salud, la salvación.

Hoy que, gracias al sabio Dr. Pasteur, la popularidad, digámoslo así, de los microbios, ha llegado al colmo, y el mundo de lo infinitamente pequeño se ha puesto tan de moda, que todas las enfermedades se atribuyen al desarrollo más ó menos anormal de seres microscópicos, cuyo origen, desarrollo, usos y costumbres nos refieren los microfógrafos con portentosa riqueza de detalles y verdadero lujo de pormenores, es gran felicidad haber hallado un medio eficaz y radical para combatir á esos átomos organizados que han venido á confirmar el antiguo adagio español: «No hay enemigo pequeño» puesto que si son diminutos y casi invisibles por su tamaño, son verdaderos Sansones por sus efectos.

A fumar. Que el humo del tabaco llene la atmósfera hasta saturarla, y caigan bajo sus letales efectos, sin virtud prolífica, ó sin vida, esos seres que pueblan un mundo apenas conocido, y que cuando más tranquilos y satisfechos nos hallamos, mejor nos acechan y eligen por víctimas de sus apetitos homicidas.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

ARMARIO

Charada

Soy un todo como hay pocos

y pruebo mi suficiencia siempre que segunda prima como nadie al prima tercia.

A. A.

La solución en el número próximo.

INTERMEDIO CÓMICO

La varia y alegre multitud esparcida en sillas, gradas y palcos, atronaba el Circo con sus aplausos y con voces provocadas, no tanto por las dificultades del ejercicio ecuestre que presenciaba como por la hermosura y gentil donaire de la amazona, que saltando y retorciéndose graciosamente sobre el ancho y macizo lomo de una yegua castaña, ponía al descubierto los múltiples atractivos de su persona, sus piernas firmes y bien contorneadas, su cintura flexible, su seno redondo que aparecía por entre los bordes rojos del corpiño al escorzarse la figura y su rostro de pilluelo retozón coronado por una mata de cabellos rubios, que al recogerse para formar artística trenza habían dejado caer sobre la nuca un montón de ricitos rebeldes y temblorosos como si se estremecieran al contacto de aquella piel blanca y satinada.

Y mientras el público aplaudía la belleza de tan encantadora imagen y los hombres saboreaban con «non santa» fruición el más imperceptible de sus movimientos, y las mujeres seguían su paso con envidiosa curiosidad, en un cuartucho miserable, desfiguraba su rostro para presentarse á la multitud Thierry el «clown» favorito, el cómico burdo y grosero, capaz de arrancar carcajadas inacabables al más serio y mal humorado concurrente.

Sin embargo, quien le hubiera visto entonces á medio vestir, delante del espejo, libre la cara de chafarrinones y blanquetes, livido el rostro, contraída la frente por una arruga vertical y sombrío el gesto, hubiérale tomado por una fiera pronta á destruir cualquier obstáculo que se presentara en su camino.

Sus brazos desnudos se recogían nerviosamente sobre el pecho robusto, mostrando al hacerlo toda su temible potencia muscular; sus ojos relucían con expresión de odio, y de sus labios brotaban mejor que pronunciadas, desgranadas por sus dientes agudos, frases terribles é interjecciones amenazadoras.

«Pero es posible—gritaba por lo bajo, encarándose con su compañero de pista que lo aguardaba ya vestido—es posible que esa mujer, que Anita se burle de mí!

«Y él está ahí viéndola mientras ella le sonríe desde el caballo!

«Eso no puede ser y no será... Al decir esto, Thierry abría sus manos musculosas y volvía á juntarlas como si tratase de extrangular entre ellas á un ser imaginario.

«Estamos ya, Thierry—dijo el avisador desde la puerta.

«Voy enseguida, repuso él; aguarda un momento.

Salió el avisador, y Thierry, poniéndose de nuevo enfrente del espejo, comenzó á desfigurarse en un rostro de hombre para transformarse en una caricatura risible que le asemejaba á un busto de mármol blanco, cruzado á trechos por vetas rojizas y por desconchaduras sanguinolentas; aquella excéntrica máscara de blanquete y almazarrón no permitía descubrir las pasiones que minutos antes reflejaba la cara del payaso; sólo sus ojos negros relucían á impulsos de la cólera, cuando arrojando sobre sus hombros una ancha blu-